

De mundos hermanos

Alice Gagliardi



Capítulo 1

Prólogo

Juguetando en la distancia, se escuchan murmullos risueños de una voz inentendible.

Su dulce cantar se confunde con el pjar de las aves, con el sonido frondoso de los árboles y con el gorgotear de las aguas que revitalizan toda la naturaleza. Así ha de ser y así siempre ha sido.

Pero su voz... ¡su voz! Su voz me llama provocativamente y camino casi cegado hacia ella. Cayendo y nada más, ya no hay gravedad o suelo que pueda detenerme. Floto, vuelo; meciéndome de un lado a otro busco esa voz tan familiar que me atormenta en vida y en sueños.

¿Quién es? ¿de dónde viene? ¿dónde la he oído antes?

Preguntas banales a las cuales no hallo respuesta. Alguna vez tuvieron sentido, ¿pero ahora? ¿Qué importaba quién era o de dónde venía? La he escuchado tantas veces que ni siquiera podría afirmar si hubo una primera vez. Es parte de mí, y yo de ella, y así es como las cosas fluyen. Desde las luces del amanecer hasta las estrellas en el firmamento; todas las cosas fluyen a un ritmo pasible desde el inicio de los tiempos. Es así, y no habría criatura alguna que pudiera poner en duda aquello.

Pero su voz... ¡Su voz! Es demasiado, ¿estará enloqueciendo? Hay momentos en que no puedo recordar dónde estoy, o dónde estuve... de dónde vengo. ¿Quién eres y de dónde vienes? Cuando estoy a punto de darme por vencido viene de nuevo, esta vez como el vibrar de una abeja y el sonido de campanas. Se está riendo, ríe de mí, ¡y es tan reconfortante! No estoy loco. Mi dulce y leal compañía, cada vez que te necesito acudes a mí, ¿cómo podría llegar a dudar siquiera un instante de tu existencia?

Fe. No, no es fe. Es algo más allá de fe. Es una conexión íntima, cuidada... de muchos años. Y es que, ¿qué seríamos el uno sin el otro? ¿Qué sería de mí, sin tus cantos? ¿y qué sería de ti, sin tu público? No me importa quién eres, ni de dónde vienes. Pero por favor... quédate conmigo.

Su voz... su dulce voz.

¿Quién soy y de dónde vengo?

Ya no logro hallar respuesta a estas preguntas, dime tú, ¿qué es lo que trae tu canción esta vez con el viento? Ah... ya veo, ya veo. Es en realidad

hermoso. Tantos colores y cristales en un sonido... tantos olores y emociones en un sólo color.

Dime, querida Historia, ¿qué traen esta vez los marineros? ¿Qué cuentos te traen esta vez los cuervos? No importa, tú expláyate. Yo escucho y soy paciente. Tengo años... ¡miles! Miles para escucharte. Y escucharé, escucharé siempre atentamente. Las historias que traes de altamar y de otros universos. Anda, ven. Empieza ya, te lo ruego.

Cantaba esta dulce voz, jugueteando a lo lejos, la Historia que ha por siempre de tomarse por verdadera. La Historia de los pueblos y del planeta que estos llamaban Tierra. Historia de respuestas, historia de creación. Historias con mayúsculas e historias con minúsculas. Y ese canto... ese canto endemoniado, me atrapaba una vez más como su humilde espectador.

¡¡Alabados sean los Dioses creadores!! Y que no se olviden jamás las reglas y pecados de la creación. De la búsqueda de la perfección surgieron dos gemelos, hermanos con un sólo corazón. Corazón dividido, y a la vez estos, ambos hermanos crecieron complementándose con sus diferencias.

Ni mayor, ni menor;
favorito ni nefasto.

Ambos hermanos siguieron el camino que sus padres creyeron el correcto, y crecieron sin mirar nunca el rostro del otro.

Dos caras de la misma moneda, del esfuerzo y la creencia.

Ah, ¡tantas diferencias! ¡Tanta atrocidad!

Tantas guerras en ambos mundos que nadie ha podido parar.

Y así, los dos hermanos, continúan dándole la espalda al otro, tan cegados en su cometido que sus padres desaparecieron y no se percató de ello ningún hijo.